

1 de febrero de 2021

De la historia de las protestas políticas en la URSS



Por *Lavrentiy Gurdzhiyev*.

Actualmente, la mayoría de los comunistas soviéticos y extranjeros, y en general la izquierda, han llegado finalmente a la opinión de que, desde mediados de los años 50, la línea revisionista y oportunista prevaleció en la Unión Soviética y en el campo socialista mundial. En el XX Congreso del PCUS surgió el cisma entre los períodos genuinamente soviético y secretamente antisoviético de la historia de la URSS. Durante la llamada Perestroika, ya era abiertamente antisoviética y anticomunista. La base ideológica y práctica de los revisionistas y oportunistas todos estos años era un sinónimo ominoso y disfrazado de anticomunismo: el antiestalinismo, a veces espeluznante, a veces apagado, pero nunca desechado.

Las acciones de las fuerzas contrarrevolucionarias manifiestas y también encubiertas dentro de los movimientos comunistas soviético y mundial han sido investigadas a fondo por historiadores, economistas y publicistas de diferentes países, y son bastante conocidas por el público progresista. Lo que se estudia mucho menos son las evidencias de la resistencia interna y popular al estallido de la contrarrevolución de Jruschov.

Durante mucho tiempo se opinó que los miembros del partido habían apoyado unánimemente las decisiones del XXº y posteriores congresos del PCUS. No fue el caso. Los disidentes eran una minoría, pero una minoría bastante numerosa. En algunas organizaciones de base del partido, hasta el 40% de su composición. El anti-estalinismo no tenía un apoyo total ni siquiera en las estructuras más subordinadas y disciplinadas: en las organizaciones partidarias del ejército. En aras de la justicia, observo que la esencia de las reformas antisocialistas que los jruschovitas estaban aprobando no fue notada por mucha gente debido a la traicionera retórica marxista-leninista que ocultaba la degeneración pro-capitalista del país. Sin embargo, la indignación en el partido y en el pueblo adquirió a veces un carácter explosivo.

Hay que reconocer que en varios discursos concretos había un componente antisoviético. Sin embargo, lo más frecuente era que se tratara de una salpicadura espontánea de la ira del pueblo específicamente contra la violación de las reglas y normas soviéticas por parte del gobierno. Esas protestas no podían sino conectarse con el nombre de Stalin, cuya imagen a los ojos de un gran número de ciudadanos soviéticos encarnaba la legalidad socialista, a pesar de todas las «revelaciones» de Jruschov. Una de las protestas masivas poco conocidas en apoyo del estalinismo fue un acontecimiento de medio siglo de antigüedad que tuvo lugar en la ciudad azerbaiyana de Sumgait. Anticipando su descripción, quisiera plantear una cuestión importante.

Los mentirosos profesionales relacionan el concepto de «represiones ilegales» en la URSS únicamente con el nombre de Stalin, al tiempo que dan a Jruschov el mérito de la rehabilitación de los injustamente afectados. ¡Qué tontería! Jruschov, mientras dirigía las organizaciones partidarias regionales y municipales de Moscú durante cinco años en los años 30, desató el verdadero terror contra los comunistas y los sin partido, cuyas víctimas, según las estimaciones más conservadoras, fueron más de 50.000 personas. Stalin se apresuró a calmar al entusiasta Jruschov y en 1938 lo envió a Ucrania.

Allí, como primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de la república, Jruschov volvió a superar a otros líderes en cuanto al porcentaje de los reprimidos. Su sanguinario telegrama a Stalin se ha conservado. En él, Jruschov, si no como un psicópata, sí como un indudable sociópata, se resiente del hecho de que Moscú, después de un minucioso control, aprueba sólo 2-3 mil de las 17-18 mil sentencias mensuales pronunciadas por las autoridades ucranianas.

Una vez más, ¿quién ha enfriado el celo patológico de este «humanista» de manos cubiertas de sangre hasta los codos? Stalin. ¿Quién fue el primer rehabilitador de las víctimas del despotismo y bajo cuyo liderazgo, a finales de los años treinta, tuvo lugar la primera rehabilitación en masa? De los 1,2 millones de prisioneros en el país de 180

millones, fueron liberadas unas 350.000 personas absueltas por causas políticas y criminales. Su inocencia se demostró a diferencia de un número significativo de esos criminales que fueron rehabilitados indiscriminadamente en los años del jruschovismo y el gorbachovismo.

Las represiones de la era de Stalin, son en realidad una inevitable y predecible lucha de clases en las más duras condiciones del cerco imperialista. Además, es el sufrimiento y la muerte de una minoría insignificante, que causó sufrimiento y muerte a la gran mayoría. Esta es la pérdida de aquellos que trajeron la muerte al pueblo. Las represiones de Stalin se dirigieron exclusivamente contra los elementos antisoviéticos y anticomunistas que luchaban contra el socialismo, a menudo con las armas en la mano. A veces, los inocentes sufrieron por ellas, como resultado de errores judiciales y de investigación ordinarios. Ocasionalmente, el número de inocentes aumentaba bruscamente, lo cual era el resultado de intrigas de enemigos del pueblo aún no desenmascarados. Lo más importante e indudable, en general, era que eran una ayuda para el desarrollo progresivo del país y de toda la humanidad anticapitalista.

La propaganda burguesa y pseudoizquierdista guarda silencio sobre la represión de los verdugos de Jruschov. Guardan silencio sobre la eliminación y el acoso de Jruschov a los líderes y a las bases, cuyas orientaciones ideológicas eran inaceptables para el oportunista y sus leales sirvientes que llegaron al poder. Jruschov expulsó de la cúpula del partido, en los años 50, al 70% de los miembros que formaban el Comité Central en tiempos de Stalin. Posteriormente, desconfiado y vengativo, cambió la composición del Comité Central en otro 50%. Cambió varias veces la composición de los Comités Centrales de los Partidos Comunistas de las repúblicas, así como de los partidos regionales y de los comités de los partidos de las ciudades y los distritos en la misma cantidad. Así fue como se llevó a cabo la venganza, la remoción de cuadros, la creación de un vals adulator y la implantación de un culto primitivo de una personalidad primitiva.

La fabricación de casos criminales y políticos y la difamación en la prensa, las condenas morales públicas de personas honestas y sus asesinatos secretos son atributos indispensables de la represión del período de Jruschov. Las penas máximas de prisión se imponían a los ciudadanos comunes por charlas, a las que Stalin no prestaba atención ni castigaba en la línea administrativa. La gente de Tbilisi, Temirtau, Biysk, Novocherkassk y una docena de ciudades del país recibió balas en respuesta a las manifestaciones, reuniones y procesiones tan pronto como protestaron contra la política cada vez más antipopular de tiempos de Jruschov.

Pero lo que es más importante es esto.

Las represiones post-estalinistas se caracterizan por la tibieza hacia los antisoviéticos, los anticomunistas. En lugar de eso, fueron -¡consciente e instintivamente!- duras contra los estalinistas, que incluso entonces representaban, y ahora representan, un ejemplo sin precedentes de devoción al poder soviético y a los ideales comunistas. A diferencia de los disidentes burgueses, los estalinistas reprimidos no lloriqueaban y pedían ayuda a los extranjeros, no escribían calumnias contra nuestra realidad. No escribieron memorias sobre las calumnias vertidas sobre ellos, o sobre las torturas administradas por los carceleros de Jruschov, sobre su destino personal quebrantado, porque no querían arrojar la más mínima sombra sobre nuestro Estado. El Estado que ya no existe, pero al que, como bolcheviques, como leninistas-estalinistas, permanecieron siempre fieles.

Hoy en día están pasando la batuta de esta fidelidad a la creciente generación post-soviética. Después de todo, entre esta generación, para alarma e incluso pánico de la burguesía doméstica, está madurando un gran interés por el contenido y las formas de vida de la era de Stalin, de la cual los jóvenes de hoy hacen una valoración predominantemente positiva.

Subrayo que los órganos de seguridad del Estado de la URSS fueron capaces de detener inmediatamente la labor subversiva de los disidentes procapitalistas y sus estrechos vínculos con Occidente. Pero, contrariamente a los mitos generalizados, lo hicieron lentamente, y a veces de mala gana. Durante el período post-Stalin, gradualmente pasaron de ser un instrumento fiable y justo de la dictadura del proletariado a un instrumento oxidado de la política pequeño-burguesa. Como resultado, en lugar de enviar a los disidentes al incómodo campo maderero, fueron expulsados a los hospitalarios EE.UU. y Europa, donde fueron utilizados en toda su plenitud y destreza antisoviética, causándonos aún más daño que cuando estaban dentro del país. Además, no hay un solo hecho que demuestre que los estalinistas, que fueron arrestados por acciones ilegales pero de diferente contenido, hayan sido reprimidos de esta manera. Un estalinista podía ser encarcelado, pero nunca era enviado a la República Popular China o a la República Popular de Albania, es decir, a los Estados que condenaron activamente la desestalinización criminal.

La mentira de Jruschov sobre Stalin provocó los primeros grandes disturbios antigubernamentales en 1956. Abarcó casi toda Georgia, especialmente la capital de la república, Tbilisi. Ex soldados de primera fila, líderes de la producción y figuras culturales de honor, comunistas, miembros del Komsomol y personas no pertenecientes a ningún partido, trabajadores, ingenieros y maestros, hombres, mujeres y niños salieron a las calles. Muchos se engalanaron con sus órdenes y medallas. Se culpó infundadamente a esas personas de estar motivadas por sentimientos nacionalistas.

Pero entonces, la juventud georgiana, educada en el espíritu del estalinismo, planteó, entre otros, el siguiente eslogan «¡La patria socialista está en peligro!» Los manifestantes de Tiflis fueron fusilados sin contemplaciones. En retrospectiva fueron acusados de actividades contrarrevolucionarias. Buscaron pero nunca encontraron rastros de participación extranjera.

En 1989, en la misma Tbilisi, los jóvenes, inflamados por la atmósfera febril de la Perestroika, gritaban: «¡Abajo el socialismo, abajo la Unión Soviética, abajo los comunistas!» Después de esperar, fueron dispersados, pero nadie les disparó. El poder de Gorbachov ni siquiera trató de acusarlos de contrarrevolucionarios, aunque su naturaleza contrarrevolucionaria se mostró abierta y manifiestamente. Y los servicios especiales extranjeros dejaron sus huellas de tal manera que ni siquiera era necesario buscarlas. Estos fueron los frutos de una educación en el espíritu del anti-estalinismo.

El escenario y la trama formal siguieron siendo los mismos: la capital de Georgia y la manifestación de la protesta. ¡Pero qué sorprendentemente diferentes eran los manifestantes! Después de poco más de treinta años, no sólo cambiaron las generaciones y el motivo concreto, sino también las cargas de los polos sociales. El subproducto de la desestalinización y del aburguesamiento del pueblo soviético se desparramó. El estalinismo se expresó en Tbilisi-56. El anti-estalinismo, en Tbilisi-89.

Otro par ilustrativo de eventos similares: Sumgait-63 y Sumgait-88. Así que imagínense el centro industrial de la costa del Mar Caspio con plantas químicas, laminadoras de tubos y plantas de aluminio, con maquinaria y materiales de construcción avanzados, con una población de más de cien mil habitantes... ¿Qué pasó aquí el 7 de noviembre de 1963 durante la celebración del aniversario de la Gran Revolución de Octubre?

Para entonces la bacanal de los jruschovitas alcanzaba su punto culminante. En 1961, en el XXII Congreso del PCUS, Jruschov cumplió por fin su venganza contra el principal bolchevique después de Lenin. El cuerpo de Stalin fue sacado del Mausoleo. Los últimos monumentos de este dirigente fueron demolidos, las últimas ciudades, calles, granjas colectivas y granjas estatales que llevaban su nombre fueron renombradas. Para la mente soviética, tal movimiento significaba, como mínimo, una inaceptable violación de las normas éticas. La población desorientada no reaccionó con una protesta masiva organizada, pero la indignación a nivel doméstico fue colosal.

Personalmente recuerdo un episodio de desguace de un monumento a Stalin en una de las ciudades de provincia. Ramos de flores volaron hacia el monumento. Una multitud abatida los arrojó ante las filas de un denso cordón policial. En aquel momento, todavía vivían los canosos veteranos de la revolución, que eran conocidos en persona en toda la ciudad. «Hoy están demoliendo los monumentos a Stalin. Pero esto es sólo

el comienzo. Mañana demolerán los monumentos a Lenin». Yo, como escolar, no di crédito a estas palabras visionarias de uno de los veteranos, pero las he recordado para siempre.

La insatisfacción con el poder durante todos los años posteriores a Stalin no dejó de desarrollarse. Millones de trabajadores despreciaban y odiaban a Jruschov, durante cuyo gobierno los precios subían y los salarios bajaban, las iglesias se cerraban y las parcelas domésticas eran recortadas, los burócratas deshonraban y el crimen crecía. Incluso lejos de la política, la gente pobremente educada, sin penetrar en los matices de la ideología y la economía, se dio cuenta de que la URSS se estaba desviando y convirtiendo en otra cosa. Con cierto grado de ingenuidad, pintaba inequívocamente el cuadro de la vida en blanco y negro y declaraba: Stalin era bueno, y Jruschov es malo. Bueno, eso es cierto. Stalin era símbolo de una vida mejor y una esperanza de justicia social, incluso para un estudiante ruso, incluso para un trabajador azerbaiyano, incluso para un intelectual georgiano, incluso para un campesino tayiko...

No es de extrañar que el estalinismo fuera considerado por todos como una antítesis del jruschovismo. La lucha entre ellos no era benévola, sino a muerte, con completa y desgraciada ventaja para los jruschovitas, que contaban con las ilimitadas posibilidades de presión administrativa y con todo el poder represivo del Estado.

Muy pronto, esto dar una forma muy peculiar de crítica al régimen. En las tiendas de zapateros (Stalin era zapatero en su juventud), en los parabrisas de los coches, en las solapas de las chaquetas, por no hablar de las viviendas del pueblo, las imágenes del líder, aparentemente ya erradicadas de la memoria del pueblo, aparecerían de nuevo. Sin embargo, en Sumgait, algo extraordinario sucedió en la manifestación festiva oficial en honor al aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

Antes de pasar al lugar del evento, traeré a colación un hecho significativo de una esfera inesperada: la de la diplomacia.

El 15 de noviembre de 1963, el embajador de la República de Cuba en la URSS, Carlos Olivares Sánchez, fue recibido en el Comité Central del PCUS a petición suya. Esta vez, no se trataba de un asunto de cooperación bilateral, sino de la queja sin precedentes del embajador. Le dijo a sus camaradas soviéticos que unos días atrás había llegado a la embajada el jefe de un grupo de cubanos que hacían prácticas en la central térmica de Sumgait. Este jefe informó al camarada Sánchez que todo el grupo observó las protestas anti-estatales del 7 de noviembre. Los internos se quedaron atónitos por lo que vieron y oyeron: retratos de Stalin, discursos anti-Jruschov. Presenciaron cómo la muchedumbre tronaba contra instituciones, tiendas, comisarías, golpeando a líderes del partido y del Komsomol. El jefe de la policía de Sumgait fue

presuntamente secuestrado y asesinado, y luego hubo enfrentamientos con las tropas regulares.

Uno de los cubanos también fue herido. Fue atacado cuando empezó a fotografiar una «extraña manifestación» (definición del embajador). Sospechando de él, los habitantes del pueblo lo tacharon de informador cubano, de traidor, y según el embajador, «amenazaron con enseñarle las leyes de la hospitalidad caucásica». En general, los estudiantes cubanos pidieron ser transferidos a otra región de la URSS, «lejos del Cáucaso». El embajador, sorprendido por los detalles del incidente, que los cubanos calificaron de «motín estalinista», se preocupó por la seguridad de sus compatriotas. Pero, al parecer, estaba aún más conmovido por el hecho de que no hubiera ni una palabra en los medios de comunicación soviéticos sobre un incidente político de tan gran escala.

Es difícil juzgar en qué medida el embajador fue informado honestamente en el Comité Central del PCUS. Pero el hecho de que el líder del partido de Azerbaiyán en ese momento, V. Ajundov, fuera astuto al informar a Moscú sobre los acontecimientos de Sumgait, está fuera de toda duda. Aseguró a la dirección de la Unión que él personalmente viajó a Sumgait y habló con los alborotadores, que allí no hubo devastaciones sino sólo un poco de gamberrismo, que un puñado de saboteadores ya habían sido encarcelados durante 15 días. Al parecer, se enteró de que el interno cubano había sido golpeado no por razones políticas, sino por razones banales: que estaba cortejando a la novia de un chico de allí, y había recibido lo que se merecía. Y en general, supuestamente, los propios cubanos reconocieron el comportamiento erróneo del desdichado camarada y cambiaron de opinión acerca de dejar Sumgait.

No tengo información sobre si los cubanos dejaron la ciudad de Azerbaiyán entonces. Pero hay muchos elementos de juicio proporcionados por el análisis exhaustivo de muchos aspectos de la realidad de la época de Stalin y la posterior. Sobre su base, se puede decir con seguridad:

Durante la era de Stalin era casi imposible distorsionar los informes y mentir a las autoridades superiores. El castigo por ello era severo e inevitable. Pero después, con la llegada de Jruschov, las mentiras, el ocultamiento de la verdad y el fraude se convirtieron en un estilo de comportamiento impune de los funcionarios del partido y del estado, incluyendo a los funcionarios de alto rango.

A lo anterior, debemos añadir lo siguiente.

En Georgia y Azerbaiyán, los factores de ofensa a los sentimientos nacionales se mezclaron objetivamente con el estallido social. Georgia no podía perdonar a

Jruschov el asesinato político de Stalin y el asesinato físico del socio de Stalin, Lavrenty Beria (que fue calumniado no menos que el propio Stalin). Ambos eran georgianos. Azerbaiyán compartió experiencias similares con respecto al fusilamiento de Mir-Djafar Bagirov, un aliado igualmente fiel de Stalin y amigo de Beria, uno de los hijos destacados del pueblo azerbaiyano del siglo pasado.

Antiguo bolchevique y chekista, y participante en la revolución y la guerra civil, Bagirov fue primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Azerbaiyán durante 20 años. Fue arrestado en 1956 por cargos fabricados por los jruschovitas y, después de la parodia del tribunal, fue ejecutado. Junto con él, un gran número de empleados del partido azerbaiyano, del Estado y de los organismos encargados de hacer cumplir la ley, cuya única falta era a menudo que habían sido nombrados por Bagirov, fueron destituidos de sus cargos y expulsados del partido. En aquel momento, Bagirov gozaba de una inmensa popularidad entre los trabajadores y los campesinos. Tras su arresto, ciudades y pueblos enteros de la república escribieron cartas en su defensa al Soviet Supremo de la URSS. Preferido por el pueblo, Bagirov era la personificación del contrapeso al régimen de Jruschov.

En una palabra, los más violentos disturbios de los trabajadores tuvieron lugar en el territorio del Cáucaso, que terminó con una severa represión de las masas e individuos pro-soviéticos, es decir, pro-Stalin, por parte de los jruschovitas. Es una coincidencia que fuera durante su estancia en Pitsunda (Abjasia) en 1964, cuando Jruschov fue aislado y, de hecho, llevado contra su voluntad a Moscú, donde fue cesado por el Pleno del Comité Central del PCUS.

Mientras el Kremlin estigmatizaba a Stalin, los residentes de Sumgait mostraban su amor por él. En el curso de una investigación posterior, el fiscal de la República Socialista Soviética de Azerbaiyán, S. Akperov, trasladó la siguiente información al Fiscal General de la URSS, R. Rudenko (véase más adelante):

En la ciudad de Sumgait, no era la primera vez que se exhibía un retrato de Stalin durante una manifestación. Esos casos ya ocurrieron en el momento de las manifestaciones del Primero de Mayo de 1962 y 1963 y las celebraciones de octubre de 1962. Los manifestantes solían llevar pequeños retratos de Stalin o simplemente tarjetas postales con él, sin que nadie interviniera en contra, pero esta vez alguien trajo una pancarta gigante a la plaza.

Repito que el jruschovismo, con su feroz antiestalinismo, reinaba en el país, y tal indulgencia hacia la sedición desafiante -en desacuerdo con la evaluación oficial de Stalin- podría ser considerada por los dirigentes de Moscú como un crimen. Las autoridades locales, temiendo las acusaciones de complacer a los estalinistas, que

fácilmente podían acabar con sus carreras, con su expulsión del partido o con algo peor, decidieron detener, como se expresaron, «la tradición popular equivocada».

En otras palabras, no pudieron controlar los nervios. El gobierno de la ciudad decidió luchar contra el amor de la gente por Stalin de manera poco ceremoniosa. Los oficiales de policía, los *druzhinniki* (activistas públicos que ayudaron a la policía), los funcionarios responsables del paso de las columnas de manifestantes, recibieron instrucciones de quitar los retratos de Stalin, si se hacían presentes.

A las 10 de la mañana, una procesión de columnas de trabajadores comenzó a lo largo de la plaza central de la ciudad. La orquesta estaba tocando. Lemas y brindis en honor del PCUS y su líder -el «fiel leninista» Nikita Jruschov- sonaban en los altavoces. El «fiel leninista» miraba la demostración desde su enorme retrato, que colgaba en la fachada del Palacio de Cultura situado en la plaza. Nada rompía el orden solemne, cuando de repente todo se torció. Para sorpresa de los líderes que estaban en el podio y para júbilo de los espectadores, un retrato de Stalin flotaba sobre las columnas de los manifestantes.

A las 11:30 a.m., estallaron los disturbios en la plaza. Según los informes de la fiscalía de Azerbaiyán, el motivo no era ni siquiera la aparición de este retrato, sino el hecho de que uno de los manifestantes llevara una insignia con Stalin. Algún diligente funcionario del partido trató de quitarle la insignia. Peor que eso. Un *druzhinniki* apretó la muñeca del «estalinista» y lo arrastró hasta el coche de policía. Pero los manifestantes no eran una tímida decena. Muchos de ellos defendieron a su camarada. En cuestión de segundos, apartaron al *druzhinniki*, el tosco funcionario fue aplastado y el coche de policía fue apedreado.

Este desaire causó una gran impresión en la columna de trabajadores de la fábrica de tuberías. Animada por ello, la columna se detuvo, se dio la vuelta y se dirigió a la tribuna de oradores. Las intenciones de la columna no auguraban nada bueno para los funcionarios de la ciudad que estaban en el estrado, así que se echaron a correr. Más tarde, justificándose, los funcionarios de la ciudad se quejaron y aseguraron a varias comisiones de verificación que supuestamente habían entablado un diálogo pacífico con los manifestantes, lo que suavizó su comportamiento.

Para horror de los funcionarios del partido, en lugar de los eslóganes habituales, se pidió la destitución de Jruschov y la dimisión del Politburó, así como demandas de suministro de alimentos a la población por el altavoz (Como resultado de las reformas de mercado iniciadas por los jruschovitas, categóricamente contraindicadas para la economía socialista, la situación del abastecimiento se encontraba en un estado deplorable no sólo en Azerbaiyán sino en todo el país). Se oyeron insultos descarnados a Jruschov bajo los silbidos de aprobación y las burlas de las columnas

que llegaban. Y, al contrario, rugieron en los altavoces brindis jubilosos al nombre de Stalin.

En uno de los coches decorados festivamente que pasaban por la plaza, como se dijo más tarde en un mensaje informativo cerrado del Comité Central del PCUS, «se encaramó de repente un joven, cuya identidad aún no está establecida, y comenzó a agitar la fotografía de Stalin. Un grupo de *druzhinniki* trató de llamar al orden al infractor. En respuesta a estas acciones, se formó una multitud de unas 100 personas que se dirigieron al *druzhinniki*. Se produjo una pelea».

De hecho, la multitud estaba formada primero por cientos y luego por miles de personas, que resistieron ferozmente a los guardias del orden. Pronto, los manifestantes, ganando cada vez más apoyo de la gente del pueblo, pasaron a la ofensiva total, y la policía se retiró. El enorme retrato de Jruschov en el Palacio de la Cultura, antes mencionado, fue derribado y hecho trizas. Los retratos de los líderes del PCUS, con la aprobación de toda la asistencia, fueron arriados de la tribuna.

Pronto, un representante de la policía municipal atrapado por los trabajadores fue llevado al estrado. Fue reducido, empujado a un autobús y conducido a su oficina, muy probablemente para negociar el destino de varios «rebeldes», a los que la policía logró detener al principio. Al mismo tiempo, los manifestantes que se habían subido al techo del autobús llamaron a un levantamiento contra el régimen de Jruschov.

Simultáneamente, retumbó en el aire el sonido de los vidrios rotos de las comisarías de policía. Los oficiales de policía no se atrevieron a disparar balas, pero usaron sus porras, y luego se limitaron a encerrarse y a atrincherarse. Así que no pudieron defender el soviet de la ciudad (la oficina del alcalde). Muebles, carpetas de documentos, e incluso algunos miembros del soviet local fueron arrojados por las ventanas de los edificios confiscados por los manifestantes.

En cuanto al edificio de la policía central, los residentes de Sumgait reunidos en su entrada comenzaron a romper el asfalto del pavimento y lanzarlo a las ventanas y a los guardias. Rompieron la resistencia de los guardias y la gente irrumpió en las salas de servicio y en las celdas donde se encontraban los detenidos. Dos coches de policía que estaban en el patio fueron dañados, y las motocicletas fueron quemadas.

Más tarde, la policía aseguró que había disparado al aire. Sin embargo, no lejos del edificio, un adolescente de doce años fue encontrado con una herida de bala. Es la única de las víctimas registradas oficialmente del ataque al edificio central de la policía de Sumgait. También hubo víctimas no registradas. Testigos oculares estimaron en 20 a 30 el número total de heridos en esos eventos. Se cree que las

autoridades ocultaron el asesinato de dos atacantes. Además, se informó oficialmente que un militar de las tropas internas fue asesinado y otro fue herido.

A pesar de que Sumgait se encuentra a sólo 30 kilómetros de la capital de Azerbaiyán, Bakú, las fuerzas del orden locales tuvieron que esperar mucho tiempo para recibir refuerzos. Sólo hacia el anochecer, las unidades armadas de las tropas estatales llegaron aquí, y los disturbios fueron reprimidos. Hasta altas horas de la noche continuaron las redadas y los arrestos, pero fue imposible detener a toda la ciudad.

Jruschov estaba furioso. ¿Se había producido una revuelta popular dirigida personalmente contra él?! En ella vio las intrigas de los estalinistas organizados, que anhelaban una venganza política.

Desgraciadamente, no hubo una resistencia organizada al curso oportunista. Si hablamos del cese de Jruschov un año después, entonces, sí, fue cuidadosamente planeado, pero no por los estalinistas, sino por los seguidores de la misma línea oportunista y revisionista. Sobrevolando el período desde 1963 en adelante, lo explicaré brevemente.

La *jruschovschina* [acción política de Jruschov] resulta ser demasiado rabiosa, demasiado mal manejada por los titiriteros detrás de la escena. Si el culto a la personalidad de Stalin era solemnemente majestuoso, entonces el culto autoinflado de Jruschov parecía excesivamente morboso y caricaturesco. Los asuntos en el país iban de mal en peor, y Jruschov se pasaba el tiempo en el extranjero. Con un enorme séquito, despilfarrando el dinero del pueblo, visitó 36 países, habiendo recorrido todos los continentes excepto Australia. Visitó muchos países en múltiples ocasiones. Incluso los aduladores más devotos se cansaron de los caprichos, fantasías y sobresaltos impredecibles del aventurero Jruschov.

La parte pro-Jruschov del movimiento comunista mundial también degeneró y se descompuso: el XX Congreso del PCUS no sólo lo desunió, lo dividió, sino que literalmente lo desgarró y lo rompió. Los jruschovitas extranjeros, incluyendo aquellos que habían procedido aparentemente con buenas intenciones, descuidaron las directrices no sólo de Stalin, sino también de Lenin y Marx, en lo que respecta a la obligación más estricta: preservar la unidad de los comunistas como la niña de los ojos.

Desafortunadamente, Jruschov no fue llevado a juicio por sus crímenes, sino que fue despedido, reemplazado por Brezhnev en 1964. Habiendo frenado el catastrófico proceso de desintegración, la nueva dirección del país no prohibió, sino que sólo silenció el antiestalinismo, como fenómeno impopular. El desmantelamiento de los cimientos comunistas mediante la desestalinización de la economía y la política no se

detuvo. La paradójica formación soviética/anti-soviética de los cuadros se reflejó involuntariamente en la mentalidad de los comunistas extranjeros y amigos de la URSS. Fuera de nuestro país, el proceso de desestalinización fue «quebrado» precisamente bajo Brezhnev.

Al llegar a Sumgait desde Moscú bajo las órdenes de Jruschov, los investigadores del aparato central del KGB [Comité de Seguridad del Estado] acusaron a las fuerzas del orden locales: a) de haber fracasado en su trabajo; b) de intentar proteger y justificar a las autoridades impotentes y deshonestas de la república.

Según las autoridades azerbaiyanas, no ocurrió nada especial: sólo pequeños problemas. Según la versión de los investigadores de Moscú, hubo un motín con exigencias económicas y políticas y, tal vez, una insurrección premeditada. En su informe, se señalaron incluso «niedades» como el estado de ánimo y la charla en las columnas de los manifestantes, donde nadie sonreía ni se divertía. Sin embargo, éstos discutían del aumento de los precios, la escasez de productos alimenticios, la corrupción en las estructuras de poder. Y, por supuesto, recordaban a Stalin...

Como la manifestación fue espontánea, no fue posible encontrar a los «organizadores» de la revuelta. Seis personas fueron sentenciadas a prisión por un período de hasta varios años como «instigadores de los disturbios». Asimismo, se decidió juzgarlos no por cargos políticos, sino por cargos criminales. Así, no había necesidad de castigar a la dirección local del partido, lo que habría llevado a la inevitable y amplia publicidad del discurso pro-estalinista de los trabajadores de Sumgait. Además, una ola de descontento e incluso pronunciadas huelgas políticas ya había recorrido la Unión Soviética. A los jruschovitas les pareció que la mejor manera de salir de la situación era silenciar la historia de Sumgait.

Tal vez valga la pena mencionar los nombres de algunos simples participantes en esta protesta, mencionados en los documentos. Estos son los jóvenes trabajadores M. Alimirzoyev e Y. Makhmudov, que martillaron retratos de miembros del Politburó, un trabajador N. Shevchenko, que convulsionó a un oficial de policía, otro trabajador A. Mahmudov que gritó al micrófono: «¡Por la patria! Por Stalin!». Y luego, pidió el derrocamiento del gobierno. Azeríes, armenios, rusos, lezguinos, tártaros, ucranianos, ávaros, moldavos, representantes de otras nacionalidades que vivían y trabajaban en Sumgait respondieron con un estruendoso «¡Hurra!».

El nombre de A. Kerimov se conserva en los archivos y en los tristes recuerdos del funcionario del partido que arrancó groseramente la insignia de la chaqueta del manifestante. Incluso se conocen los nombres de los heridos en la oficina central de la policía, A. Aivazov, y del estudiante cubano golpeado, D. Grant.

Este último fue golpeado, por supuesto, no por el mítico noviazgo de alguien. Fotografiar a una turba furiosa por parte de un extranjero no puede ser considerado como algo amistoso. Bueno, ¿qué se puede esperar de los cubanos? Básicamente honestos, ellos, por decirlo suavemente, no entendían nada de estalinismo y confiaban completamente en la propaganda de Jruschov. Al mismo tiempo, la Cuba revolucionaria se comportaba a menudo de manera estalinista en la arena internacional, y en muchos aspectos, en su vida interna, era verdaderamente comunista, es decir, estalinista. El hecho de que Fidel Castro no fuera consciente de ello y actuara en la corriente principal del estalinismo más intuitiva que científicamente no disminuye sus destacados méritos. Bajo su dirección, una pequeña nación insular se enfrentó a la monstruosa embestida del imperialismo, desairando a los trescientos millones de habitantes de un poderoso pero rendido enemigo del Estado soviético.

Muchos comunistas cubanos se avergüenzan ahora de sus antiguas críticas a Stalin y guardan silencio sobre esta desagradable página de su historia. Además, hasta cierto punto merecen el orgulloso título de estalinistas. Y si algunos cubanos todavía no perciben esta circunstancia adecuadamente, entonces esto se debe de nuevo a su inadecuado conocimiento de la alta filosofía que encierra la doctrina de Marx-Engels-Lenin-Stalin.

Repito una vez más: no es sorprendente el hecho de que los trabajadores azerbaiyanos, empujados por la desesperación, se lanzaran con Stalin como arma, dispuestos a destrozarse las instituciones, golpear y expulsar a los funcionarios de la ciudad. Jruschov personificó los fracasos en el desarrollo del país y la injusticia; Stalin, los éxitos y la preocupación por el pueblo. Por lo tanto, en realidad, los trabajadores no se rebelaron en contra, sino en defensa del poder soviético. Lo defendieron de Jruschov, de la falsedad, del giro del país hacia el camino capitalista. Sin saberlo, querían salvarlo de la futura debacle, cometida bajo Gorbachov.

Por esto, no es sorprendente otra información, cuyos detalles están enterrados en archivos secretos. La gente trabajadora de Sumgait iba a repetir un pronunciamiento pro-estalinista similar el 1 de mayo de 1973, el año del vigésimo aniversario de la muerte del líder. Sin embargo, esta vez el KGB estaba en alerta y las medidas preventivas evitaron los disturbios. Otros factores también desempeñaron un papel en esto. En particular, el aumento del deseo de enriquecimiento de los consumidores en importantes sectores de la sociedad soviética, su desmoralización y despolitización, la desclasamiento de los obreros y campesinos...

Y aquí está la trágica continuación de la historia. El mismo Sumgait, los días 27-29 de febrero de 1988.

¿El mismo? No. La escena es la misma, pero las pasiones son ahora completamente diferentes. La *gorbachovshchina* reina en el país, y ahora los habitantes de la ciudad, entre los que el tono no es marcado por los trabajadores sino por elementos semi-criminales, están en efecto atacando al poder soviético. Exteriormente esto se traduce en un salvaje pogromo antiarmenio. Los armenios eran la segunda nación más grande de Azerbaiyán. Antes de la Revolución de Octubre, las hostilidades y los enfrentamientos entre azerbaiyanos y armenios eran permanentes. La sabia y estrictamente científica política nacional leninista-estalinista liquidó este y otros antagonismos. La incompetente política de Jruschov-Brezhnev reavivó el conflicto, algo que Gorbachov aprovechó para sus propósitos de destrucción.

Como resultado del pogrom de Sumgait en 1988, se anunció oficialmente la muerte de decenas de personas. En realidad, fueron cientos los asesinados. Antes de esto, las autoridades administrativas no habían podido (léase: querido) proteger a los azerbaiyanos del estallido de sentimientos chovinistas en las tierras armenias. Cuando, en venganza, se produjo un resurgimiento de sentimientos chovinistas en las tierras azerbaiyanas, tampoco pudieron proteger a los armenios allí.

Sin embargo, es más correcto afirmar -y hay muchas pruebas- que Gorbachov y su banda provocaron deliberadamente la matanza de los azeríes-armenios y sabotearon la adopción de medidas de emergencia para ponerle freno. A las tropas, que fueron despachadas a Sumgait con gran retraso, se les prohibió usar armas contra los alborotadores. De repente resultó que en una ciudad que una vez fue famosa por su internacionalismo, la población no tenía inmunidad contra los bacilos antisoviéticos y antisocialistas. El prolongado antiestalinismo había corrompido al pueblo.

Las manifestaciones de intolerancia étnica eran raras en el vasto espacio de la multinacional URSS estalinista. La dictadura del proletariado sabía cómo lidiar con cualquier mal social, nacional o de otro tipo. Pero en los años 50 esta dictadura, este núcleo del Estado socialista, fue liquidada por los revisionistas del Kremlin a nivel legislativo y ejecutivo.

La etapa de Stalin en que se estaba construyendo un mundo nuevo estaba llegando a su fin, y comenzaba su retroceso. Este retroceso fue dialéctico y largo. En su interior, fue acompañado no sólo por acciones e inacciones insensatas y destructivas, sino también por saltos periódicos en el desarrollo de la URSS, por los fenomenales actos de creación acelerada, por el momentáneo auge de la cultura, la ciencia y la tecnología. En el exterior, le acompañaron éxitos aislados en la difusión de la influencia comunista en el mundo. Sin embargo, debido al proceso de decadencia general causado por la desestalinización, estos saltos se debilitaron de año en año, ocurrían con menos frecuencia, mientras que los fracasos se iban haciendo más frecuentes.

Pasó un cuarto de siglo entre la primera rebelión de Sumgait y la segunda. El temerario modo de vida anti-estalinista se vino abajo, mientras algunos fomentaban cuidadosamente estados de ánimo podridos y chauvinistas. Así que se animaron, se volvieron más atractivos, florecieron. Desapareció el humanismo en el Estado post-Stalin, y la brutalidad regresó. El pueblo soviético, en diversas partes de su patria, cosechó de diferentes maneras los frutos del anti-estalinismo. Continuamos cosechándolos hoy en día sobre las ruinas del poder. Puedo decir más que eso. El vector de desarrollo antiestalinista llevó a la Unión Soviética al colapso, lo que estimuló la agresión no disimulada de Occidente contra los países y naciones que no le obedecieron, provocando millones de víctimas. La agresión se expande y profundiza. Así, estos frutos son cosechados, en efecto, por todo el planeta.

Notas:

Traducido al inglés por Polina Brik del American Labour Party. 8 de abril de 2017.

Traducido de la versión inglesa: <https://www.revolutionarydemocracy.org/rdv22n2/protest.htm>

Existe otra traducción al castellano en: <https://culturaproletaria.wordpress.com/2017/05/15/por-la-patria-por-stalin-de-la-historia-de-las-protestas-politicas-en-la-urss/>